

## *Los fríos labios del cierzo*

El cierzo. Un viento frío que trasmina la piel del rostro, de la garganta, de las manos. Un viento que acude para quedarse, terco, ajeno a las cautelas de los mortales. Un viento que arremete desde sus cuarteles del norte, que atemoriza a los tordos y espanta a las torcaces que aún resisten por entre los parajes de Cantera Blanca, Las Machorras y Fuente Mentirosa, muy cerca del alto de Matagrande, en los entresijos umbríos de la Sierra de Atapuerca.

El cierzo se desplaza a sacudidas, con una cadencia aleatoria, como si una voluntad inconsciente lo lanzara contra calares, quejigos, encinas y coscojas. El cierzo se alimenta de intemperies. Lo saben bien los hombres y mujeres que desde antaño pueblan esta sierra. Lo saben bien los hombres y mujeres que participan en esta carrera a través de yermos, siembras, bosquetes, ejidos y vaguadas. El viento del norte no se separará de ellos, pugnará por trasmisar la piel del rostro, de la garganta, de las manos. Ellos lo conocen, lo soportan, lo apaciguan. Ellos saben que llegarán a la meta, cansados, sí, pero con una sonrisa colgada de sus labios. Colgada, quizá, de los fríos labios del cierzo.

*Pseudónimo: Lemniscata*